

TIEMPOS FREUDIANOS.

Aurelio Gracia

Peter Gay subtitula su biografía de Freud: “Una vida de nuestro tiempo”. Es dudoso que los primeros años de la segunda mitad del XIX, en los que Freud nació y de los que celebramos el 150 aniversario, tengan mucho en común con los actuales, por más que esté pendiente un estudio comparativo entre ambos periodos. Tal vez la frase del biógrafo apunte a sugerir que el genio freudiano, como suele suceder con las personas extraordinarias, se adelantó en más de un siglo a su época, y es de él de quien puede postularse la vigencia.

Con todo, los personajes de la Historia lo son en un lugar, en un momento y en unas circunstancias. La aguda percepción de las condiciones sociales, políticas, económicas y religiosas de un país o ciudad suele constituir el mejor caldo de cultivo para que las grandes mentes conciban sus hallazgos. A veces las condiciones socioculturales de ciertos entornos son tan llamativas que parece inevitable establecer relaciones de causa-efecto entre éstas y las ideas de quienes las vivieron. Pierre Janet, por ejemplo, relacionó la emergencia del psicoanálisis con las costumbres licenciosas de la sociedad vienesa. Es sabido que Freud nunca aceptó la perspectiva del psicólogo francés. Quería dotar de universalidad a sus aportaciones teóricas. Supeditarlas a la preexistencia de una determinada atmósfera ciudadana le debió parecer carente de rigor.

¿Hasta qué punto, entonces, el clima sociocultural de mediados del XIX en Viena y en Centro Europa condicionó los descubrimientos de la teoría freudiana? De entre las particularidades propias de la época, ¿habría alguna que hubiera podido resultar crucial para su emergencia? Y, de ser así, ¿debería aceptarse la hipótesis de Janet y sostener que fue determinante el interjuego entre una moral victoriana, estricta y autoritaria, y el libertinaje vienes, velado pero patente en todas las capas sociales? Así parecerían sugerirlo las oposiciones entre consciente e inconsciente de la primera tópica, o entre el yo y el ello de la segunda. Pero ¿podrían encontrarse otros factores fundamentales que favorecieran la gestación del pensamiento psicoanalítico, aparte de la doble moral imperante en la época? Y aún, ¿Cuáles de estos factores, si alguno, podrían reconocerse todavía en una sociedad como la que nos ha tocado vivir hoy?

Hay una circunstancia en la infancia de Freud destacada por éste en su *Presentación autobiográfica* de 1925. Su familia paterna, de origen alemán, se vio obligada a huir al este europeo, dada su condición judía. “En el curso del siglo XIX –escribe Freud- emprendió la migración de regreso hasta instalarse en la Austria alemana. A la edad de cuatro años llegué a Viena”. Esto es, hacia 1860. Dos son los factores que caracterizaron el momento social de la población centroeuropea en aquella década. Uno de ellos es precisamente la agitación migratoria; el otro el crecimiento desorbitado de las ciudades. Detengámonos brevemente a examinarlos puesto que, según el dato biográfico

que se acaba de citar, Freud no había sido en absoluto ajeno al primero de los factores. Como comprobaremos, tampoco lo fue al segundo.

Los movimientos migratorios en Centro Europa fueron la consecuencia natural de la superpoblación rural y de la falta de trabajo en el campo, derivadas de las mejoras técnicas en agricultura. La mortalidad decrecía, y en los países más desarrollados se había alcanzado la segunda fase de la revolución demográfica. La natalidad en Alemania era desmesurada (de un 39 por mil en la década de 1860; hoy supera en poco el 1 por mil). El desarrollo industrial, ávido de mano de obra, engullía sólo una parte de los excesos de población, al tiempo que empobrecía a los pequeños artesanos rurales, forzados a emigrar. Las migraciones de la época representaron un estallido de tal magnitud que la *Democratic Review* de Londres las comparó en 1852 a la marea de pueblos nórdicos hacia el sur en tiempos de las invasiones bárbaras. La marea arrastró a Jacob Freud y a los suyos en dirección a la ciudad.

¿Qué panorama ofrecía el mundo urbano a mediados del XIX? En unas pocas décadas la población de Londres y de París se multiplicó por cuatro, la de Viena por cinco, la de Berlín por nueve. Alrededor del centro de la ciudad proliferaron en desorden los nuevos barrios donde el hacinamiento amenazaba con ahogar a las clases dirigentes, claramente minoritarias. Un urbanismo nuevo y radical fue solución de compromiso, tanto para los poderosos como para la muchedumbre de desposeídos. Se construyeron estaciones de ferrocarril alejadas del centro en torno a las cuales se multiplicaron las viviendas provisionales de los recién llegados; se demolieron las antiguas murallas y baluartes, sustituidos por amplias avenidas. Los bulevares fueron a la vez signo de progreso y factor de protección. Si por un lado favorecían la comunicación entre barrios y el traslado de enseres, por otro imposibilitaban con su amplitud la construcción de barricadas en los frecuentes momentos de agitación social. El crecimiento urbano favoreció la emergencia del capitalismo extremo. La especulación del suelo convirtió en millonarios a banqueros y “promotores” inmobiliarios, al tiempo que los antiguos burgos se ampliaban hasta acercarse al actual concepto de ciudad.

Viena es un excelente ejemplo. En 1857, cuando Sigmund Freud cumplió su primer año de existencia, los baluartes de la antigua ciudad fueron desmantelados y abrieron paso a la célebre avenida semicircular Ringstrasse. El Ring vienés por donde Freud pasearía diariamente tres décadas después cuando abrió su consulta no muy lejos de allí, en Berggasse, es una innovación urbanística de 1857. No es descabellado imaginar que en 1860, cuando el futuro psicoanalista llegó a Viena a la edad de cuatro años, las obras de los nuevos bulevares se extendían por todo el perímetro urbano, anunciando la futura expansión. Dentro del Ring se continuaron apiñando las antiguas moradas, ahora privilegio de unos pocos, en torno a la catedral. Flanqueándolo, los nuevos monumentos públicos, la Opera, la Universidad. Algo más alejados, los edificios de la clase media, construidos sin imaginación pero con solidez. El tercer anillo urbano replicaba la anarquía arquitectónica de los vetustos barrios pobres, reconvertidos en suburbios y empujados hacia el Danubio, donde las fábricas reclamaban mano de obra barata.

Freud amó y odió aquella ciudad apasionadamente. Durante su infancia, en los momentos difíciles en que su familia trataba de establecer un equilibrio económico, debió asistir al cambio prodigioso de la metrópoli; debió escuchar, perplejo, los acentos exóticos de lenguas desconocidas, las historias de formas de vida lejanas cargadas de nostalgia; debió ser testimonio de una mezcla de costumbres no siempre aceptadas por los antiguos moradores de la urbe. El “retorno a los orígenes” de la Austria alemana pretendido por su familia le dejó en realidad a las puertas de la tierra prometida. Rondó toda su vida por el desierto de su propia casa, a la espera de poder integrarse en su propia sociedad a través de los avances científicos y médicos con los que quiso dotarla. Lo consiguió en el mundo simbólico del reconocimiento; se le recuerda aún a los 150 años de su nacimiento. No lo consiguió en el mundo real de su existencia, tuvo que morir en el exilio. Como Moisés.

Siempre me ha llamado la atención el asentamiento de la teoría psicoanalítica en las que podríamos denominar ciudades frontera. Viena primero, Londres y París luego, Buenos Aires y Nueva York en un segundo momento. Todas ellas ciudades abiertas a la inmigración. Todas ellas presididas por un cosmopolitismo interracial y políglota. En nuestro país, Madrid y Barcelona recibieron a los exiliados argentinos a mediados de los setenta y al lacanismo expansionista en la década siguiente, tras el fallecimiento de Lacan. Al tiempo que la población de la capital española se multiplicaba por cuatro desde la guerra civil hasta nuestros días y la de Catalunya se casi triplicaba, ambas zonas urbanas han recibido un flujo migratorio continuo, de orden interno (durante el franquismo y postfranquismo temprano), de orden externo ahora, justo cuando la natalidad europea había descendido hasta poner en peligro la sociedad del bienestar.

Los emigrantes que recibe Europa al empezar el tercer milenio son efecto de la desproporción entre dos formas de vida. Al igual que hace 150 años en Centro Europa, hoy en día la natalidad en África y en los países menos desarrollados de América Latina multiplica por mucho los índices de los países desarrollados. Los recursos del tercer mundo, agrícolas aún en su mayor parte, están sujetos a las variaciones climáticas que desatan hambrunas. La muerte en la patera se antoja preferible a la inanición. Como en el XIX, la pobreza libre de los lugares de origen se sustituye por la pobreza marginada en las ciudades. Como entonces, el flujo migratorio ha coincidido, también en nuestros días, con la especulación del suelo y de la propiedad inmobiliaria hasta niveles impensables sólo veinte años atrás; ha coincidido con el imperio del capitalismo neoconservador y con la ampliación de los aeropuertos y el tendido de nuevas líneas ferroviarias ultrarrápidas que requieren infraestructuras faraónicas para su instalación. Las ciudades cambian rápidamente. La tipología de las gentes que las habita, también. Esto implica variaciones en la manera de expresar el conflicto psíquico tanto del lado de los desfavorecidos, como de los pudientes. Se aceleran los cambios en las patologías como la historia de la psiquiatría señala que ocurrió en la segunda mitad del XIX. El nuevo dolor urbano, denunciado por escritores como Auster, cineastas como Guerín o psiquiatras como Rojas Marcos, exige abordajes psicoterapéuticos innovadores. Sin duda la posición dominante a nivel de Salud Mental se sostiene en (y desde) la farmacología. Pero, como se ha señalado este mismo 2.006 en el Congrés

Català de Salut Mental, la relación entre la institución y el paciente debe basarse en el reconocimiento de la subjetividad y, en el caso de los inmigrantes, en el respeto por las costumbres de origen. El psicoanálisis pugna por dejar oír su voz en una sociedad que ha idealizado a la eficiencia y la prisa.

¿Será fruto del azar que el psicoanálisis naciera primero y esté sobreviviendo luego en ciudades donde las civilizaciones y culturas se entrecruzan? Como ha quedado dicho, el psicoanálisis no es la teoría dominante a nivel oficial en nuestro tiempo; tampoco lo fue en el de Freud. Él era visto como alguien que llegaba de fuera y trataba de imponer ideas extranjeras a la circumspecta sociedad médica vienesa. Tardó décadas en alcanzar un estatus reconocido y aún en muchos ámbitos, como el americano, se intentó desvirtuar el alcance de sus descubrimientos por considerarlos hasta cierto punto subversivo. Quizás ahí resida la grandeza de la cura psicoanalítica y la magia de su poder. El psicoanálisis es subversivo como lo es el inconsciente, como lo es la propia subjetividad. Como lo es, en otro orden de cosas, la ambivalencia del emigrante: dejó atrás su tierra en busca de prosperidad y, exiliado a las puertas de ella puesto que nunca será reconocido como un igual por los autóctonos, no puede olvidar su punto de partida. Los orígenes nunca se olvidan.

Los psicoanalistas no olvidamos la primera semilla de nuestros orígenes, depositada hace 150 años en un tiempo, un lugar y unas circunstancias: el tiempo freudiano. Tal vez a la postre tenga razón Peter Gay, el biógrafo de Freud. Acaso nuestro padre, el primer psicoanalista, emigrado a una Viena transida de contrastes, receptora de emigrantes, viviera en ella una vida de nuestro tiempo.

Aurelio Gracia es Psicólogo Especialista en Psicología Clínica y Psicoanalista. Cofundador del Espai Obert de Treball Psicoanalític, compagina su trabajo de atención clínica, supervisión institucional y docencia con la escritura. Es colaborador habitual de "El Periódico" donde ha publicado más de 250 artículos. Es autor también de multitud de artículos teóricos y técnicos aparecidos en revistas especializadas en psicoanálisis, psicología y asuntos sociales. Escribió el libro *Psicoanálisis y Psicosis* (2002).